

¿Fué Jesuíta el constructor de la Iglesia caraqueña de La Pastora?

NOTA: Se ha venido afirmando que el P. Angel Martínez constructor de la Iglesia de la Pastora (Caracas) fué jesuíta. Quien ha contribuido más decisivamente a popularizar esta opinión es el H. Nectario María en su excelente libro Venezuela Mariana. Transcribimos aquí su bella narración a la que vamos a añadir breves notas que creemos decisivas para resolver la interrogante del epígrafe

EL PBRO. ANGEL MARTINEZ, que con noble afán y santo desinterés se dedicó a la construcción de la iglesia de La Pastora, era miembro de la esclarecida orden de San Ignacio de Loyola, que tantos hombres de virtud y saber ha dado a la humanidad. Debido a las vicisitudes del tiempo y a la persecución de que entonces era objeto la Compañía de Jesús en España, muchos de sus miembros viéronse obligados a buscar en suelo hospitalario, la libertad que injusta agresión les negaba en la península.

El Padre Martínez era madrileño y tenía un hermano gemelo, sacerdote como él, residenciado en Madrid, y con el cual, según se verá más adelante, era de un perfecto parecido.

Vino pues por disposición divina y para dicha nuestra, ese buen Sacerdote, animado del celo, fervor y actividad que caracterizan a los abnegados hijos del Santo de Loyola, a encargarse de la humilísima iglesia de La Pastora. Con mirada de vidente la vió sustituir con un hermoso templo de tres naves, de majestuosa torre y de bellísima presentación, en el sitio que ocupaba la capilla del heróico Padre Salvador Bello. Cruzar por su imaginación con paso

vertiginoso este generoso y bello ideal, y poner manos a la obra, fué cosa de poco tiempo.

Puso su confianza en Dios el buen Sacerdote, no buscó dinero, ni solicitó protecciones, sino que deseando glorificar a su Divino Capitán Jesús y a su Santísima Madre, recordó que "El que viste a los lirios del campo y provee al sustento de los pajarillos" podía también bendecir su propósito y aceptar su generoso anhelo, haciendo que germinara el granó para recoger más tarde el fruto.

El Padre Martínez dió comienzo a su santo ministerio con la firme resolución de dar principio a su soñada empresa. Reunió a sus feligreses y les dió cuenta de su proyecto. Estos, escasos en bienes de fortuna, tenían, sin embargo, una gran riqueza en la buena voluntad y sincera espontaneidad con que se ofrecieron en ayudarle. El Padre lejos de despreciar la generosa oferta, la aceptó complacido, y dispuso reunir todos los domingos y días feriados, a los vecinos con un toque de campana. "El toque de faena" (como se llamaba) se daba a las tres de la tarde, hora en que empezaba, y se repetía a las 6 p. m. hora de terminarla.

La faena consistía en bajar al río Cachucho: los hombres cargaban piedras y las mujeres y niños, pequeñas latas de arena, cada cual según la medida de sus fuerzas. Después del toque de las 6, todos se reunían en la iglesia y allí ofrecían a su Pastora Divina el trabajo de esas horas, invocando su valiosa protección por medio del rezo del Santo Rosario, que presidía el Padre Martínez.

Todas las noches el Padre Martínez reunía en la iglesia a los niños: de un lado los varones, de otro las niñas, de pie, en medio de todos, con los brazos cruzados, les enseñaba a rezar y les explicaba el catecismo.

Para hacerse de recursos, el venerable sacerdote resuelve recoger personalmente limosnas. Provisto de una bolsita, cada día, en los ratos que le dejaba libre su ministerio sacerdotal, iba por las calles del barrio, implorando la limosna para la construcción del templo. Dos veces a la semana, miércoles y sábado, bajaba a recoger hasta el centro de la ciudad.

En esa época, La Pastora era una alcabala muy frecuentada de los arrieros, viajeros, y ricos propietarios que, montados en hermosos caballos, entraban del puerto de La Guaira o de sus posesiones agrícolas ya que no existía entonces el ferrocarril, ni la carretera que hoy une ese puerto con la capital. Los artículos comerciales eran traídos en cabalgaduras, y con frecuencia se veían larguísimas hileras de burros cargando mercancías y otros productos agrícolas. No desperdiciaba el discreto sacerdote tan buenas oportunidades de aumentar sus fondos; y sus constantes idas y venidas le hicieron muy popular entre los transeúntes de esta vía. La gente, en medio de su rusticidad o de su indiferencia, comprendió y supo apreciar la belleza de aquella alma santa y todos, tanto ricos como pobres, correspondían con su óbolo y con respetuoso cariño al incesante afán y abnegación del virtuoso sacerdote.

Contrató a un maestro albañil, llamado José Esteban Suárez, quien con la ayuda de dos peones, comenzó la construcción del templo, cual hoy está, con sus tres naves y una hermosa torre que estaba situada en el ángulo del oeste. Cuando los trabajos estuvieron bastante adelantados el Padre Martínez

demolió la iglesia del centro de lo que hoy es la plaza, para aprovechar parte del material en la nueva fábrica; y trasladó por poco tiempo, el culto divino a la casa que hace esquina al oeste de la iglesia, donde hoy se encuentra una pulpería. Allí celebraba el Santo Sacrificio de la Misa y demás oficios del culto, mientras se habilitaba una de las naves del templo en construcción. Terminada primero la del oeste, pasó a officiar en ella y colocó en su parte superior el camarín con la imagen de la Divina Pastora. La sacristía fué construída en el mismo lugar que hoy ocupa, y el Padre fijó en ella su residencia, junto con dos ancianas señoras que le servían y cuidaban y un simpático jovencito que, por estar cruzando estudios eclesiásticos y profesar gran cariño y veneración al Rdo. Padre, vivía con él y le ayudaba en todo lo que le era posible.

Las ancianas señoras encargadas del cuidado de la casa se llamaban Mercedes Rodríguez, persona honorable, perteneciente a la distinguida familia del eminente médico venezolano, Doctor Elías Rodríguez, a quien se recuerda con grata veneración. La otra anciana, compañera de Mercedes, se llamaba Salmomé Vizcaya, natural de Barquisimeto. Ambas eran excelentes personas de acendrada y reconocida piedad. El simpático jovencito de entonces es hoy un amable anciano, Doctor Jesús María Páez, a cuya exquisita bondad y benévola complacencia, debemos los datos y pormenores de esta narración, y nos es grato presentarle por ello la expresión de nuestra más franca y cordial gratitud.

El Padre Martínez, como ya anotamos, diariamente se daba a la meritísima labor de recoger limosnas para la fábrica del templo de La Pastora: una tarde, dos jóvenes ricos de la ciudad dirigieron sus pasos hacia el barrio de La Pastora y llegaron al lugar que hoy se llama el Urapal, de donde se divisaba el templo en fábrica, y se fijaron en el Rdo. Padre Martínez que venía con su tradicional bolsita, hacia ellos, en solicitud de una limosna. Se inclinó al suelo uno de los dos, y cogiendo un puñado de tierra, esperó se le acercara el Sacerdote, diciendo con risa y complacencia a su amigo y compañero: "Allá viene el Jesuita, ya verás. . . .", y se

dispuso a divertirse con la burla preparada.

¡Ah!, pero, ¡qué grande y hermosa es la infinita misericordia Divina! Llegó el Padre, extendió la mano portadora de la bolsa limosnara y sus labios pronunciaron humildes palabras, implorando una caridad para la obra del templo; el joven vertió en ella, no una generosa dádiva, sino el puñado de tierra, acompañando este acto con una risa sarcástica. El Sacerdote, tranquilamente, sin alteración alguna, con verdadera mansedumbre cristiana, dió, como siempre prueba de la superior grandeza de su alma y con encantadora cortesía, agradeció la acción diciendo: "Gracias amigo, de arena también necesita el templo".

La edificante humildad y serenidad del Sacerdote no fué inútil; sus palabras, dichas con mansedumbre y perfecta naturalidad, sin ironía ni afectación, fueron el medio de que se valió el magnánimo corazón de Nuestro Divino Redentor para obsequiar a Su Santísima Madre, la Divina Pastora, con la vuelta al redil de esa ovejita que, quizás, si no estaba aún perdida, iba algo extrañada del camino.

Palideció el joven, se inmutó, una gran sombra veló su anterior alegría, y, callado, continuó su camino. Su compañero de paseo, extrañado de su silencio le pregunta qué le pasa, y no pudiendo reanudar la cordialidad de la alegre charla anterior, resuelve separarse de él.

El joven, silencioso entra a su casa, se dirige a su cuarto particular, para salir a los pocos instantes.

Serían las siete de la noche de ese mismo día. Por las mal alumbradas calles del barrio de La Pastora, se deslizaba la silueta de un joven que, presuroso, caminaba hacia la parte alta, hasta llegar a la sacristía de la Iglesia de la Pastora, aún en construcción.

El joven no era otro que el de la burla de la tarde. Llama repetidas veces a la puerta y pide hablar con el Padre Martínez. Informado éste de la solicitud, da orden de introducirlo a su pieza; penetra en ella el visitante y al llegar a presencia del Sacerdote, cae de rodillas a sus pies y llorando con indescriptible emoción le dice: "Padre, perdóneme la burla de esta tarde, tome estas cuatro onzas para la fábrica del

templo y tenga la bondad de oírme en confesión!"

Los continuos esfuerzos del Rvdo. Padre, la ayuda de los vecinos con sus faenas, y las constantes limosnas de los transeúntes, permitieron terminar las tres naves de la espaciosa iglesia que lucía su bonita fachada con su elegante torre.

Los trabajos y cuidados múltiples, desempeñados siempre con escrupulosa exactitud, jamás alteraron el temple heroico del alma del Jesuita; no así su cuerpo; que lleno de quebrantos, enfermo y debilitado, cayó postrado por graves dolencias. Jamás en medio de sus intensos dolores, se le oyó proferir una queja, ni manifestar una inquietud; sereno y resignado, soportaba, junto con la dolencia del cuerpo, las amarguras de una extremada pobreza. Experimentaba el Padre una santa alegría el día que, sintiendo algún pequeño alivio, podía levantarse y celebrar el santo sacrificio de la misa.

Su confianza en Dios era tan grande, que muy a menudo sucedía que al separarse por la noche de las personas que le acompañaban, después del rezo del santo Rosario, una de las señoras que cuidaba de la casa, se le acercaba y le exponía la absoluta necesidad de dinero para el subsistir del día siguiente; no le permitía nunca el buen Padre terminar sus frases, pues tranquilamente le decía despidiéndola: "No se preocupe de eso, Dios proveyerá", y jamás sucedía esta conmovedora escena sin venir del Cielo el auxilio esperado, pues al amanecer alguien traía algún dinero destinado a mitigar la gran penuria del enfermo.

Una mañana, mientras el Padre Martínez tomaba su primer alimento, dijo a los que lo rodeaban, que tenía que prepararse para un gran viaje; y al preguntarle uno de los presentes de qué viaje hablaba, él contestó sin titubear: "Pues a España; ya tengo que irme". Ellos, que habían creído que hablaba de su próxima muerte, al oír que hablaba de irse para España, salieron del cuarto del enfermo para manifestarse el nuevo dolor que los afligía al ver que el Padre (por lo menos así lo pensaban), vencido por un largo penar, había, al fin, perdido la razón. A la hora del almuerzo el Sacerdote volvió a hablar del

viaje y dijo que iba a dar órdenes para que se distribuyeran sus pobres muebles y haberes entre algunas personas amigas y vecinas, a quienes quería dejar algún recuerdo. Se le manifiesta lo imposible del viaje, vistas sus condiciones de salud; pero él contesta que se iba, porque en esa misma noche se le había aparecido la Divina Pastora y se lo había ordenado así.

Al día siguiente, entre las ocho y nueve de la mañana, llega como siempre el Doctor Osío, y se le advierte los señalados síntomas de trastorno que daba el Padre. Entra el médico en el cuarto y después de reconocer al paciente, prolonga aún más que de costumbre su visita y conversación con él. Al salir del aposento, manifiesta que el Padre goza de perfecta razón y que a pesar de tener la idea de ese viaje, imposible de realizar, con plazos indefinidos llegaría a olvidarse de él completamente.

Varios amigos iban con frecuencia a visitar al Padre, y entre ellos lo hacía con mucha caridad un sacerdote español llamado José Deandres; era capellán castrense y tenía un carácter franco y alegre. Llegó en ese mismo día a visitar al enfermo, quien a poco le habla de su próximo viaje a España, como de cosa cierta y decidida. Se sorprende el visitante, le hace presente su grave estado de salud que le imposibilitaba todo viaje, pero aquél, por toda respuesta, le dice que la Santísima Virgen se lo ha ordenado y que tiene que cumplirlo. Se conmueve el Padre Deandres y creyéndole loco, se despide y se retira muy triste a su casa.

Corría el año de 1871, y desde algún tiempo era Ministro de España en Venezuela un señor de apellido Bermúdez Zea y Colombí, que acostumbraba todas las noches reunirse con otros amigos en casa del Padre Deandres, situada en la esquina de Marcos Parra y Solís. En la reunión de aquella noche el Ministro español advirtió que el amo de la casa, en vez de su acostumbrada alegría, manifestaba tristeza y pesar y preguntando al Padre Deandres por la causa de su dolor, éste le expuso que un amigo y compañero en el sacerdocio se encontraba aquejado de graves dolencias, pero que en ese día, al visitarlo, lo había encontrado loco, y que éste era el motivo de su pesar. Pregunta el Ministro

por el nombre del enfermo, pero no bien acaba de oírlo pronunciar, cuando, movido por súbita sorpresa, exige con viveza le repita el nombre que no ha oído bien. Repite el capellán el nombre de Angel Martínez, y el Ministro le pide le conduzca a su presencia.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, llegaba a la sacristía de la iglesia de La Pastora el Excelentísimo Ministro de España, en compañía del Padre Deandres. Son introducidos en el aposento donde se encuentra el enfermo; al penetrar en él el Ministro, y fijar su vista en el sacerdote, cae de rodillas y con visible emoción dice: "Padre, perdóneme, he faltado a una sagrada promesa, que le hice en Madrid a un sacerdote, grande amigo mío, y al oír pronunciar su nombre anoche recordé mi promesa, y por eso vine, pero al verle a usted he creído estar en presencia del mismo a quien la hice"; y le explicó cómo su hermano le había exigido, al venir a este país, solicitara y tratara de persuadirle de regresar a España, habiéndole él prometido corresponder a su deseo. El Ministro ofrecióle en ese mismo momento allanar todos los obstáculos que se opusieran a la pronta realización de su viaje a España, cuyos gastos correrían todos por su cuenta. Contestó el Padre agradeciendo la generosa oferta del Ministro y añadió que ya él sabía de su inmediato regreso por habérselo revelado la Divina Pastora. Principió el Excelentísimo Señor Ministro a dar todos los pasos conducentes al viaje, y pidió al Doctor Osío escribiera un tratamiento para el tiempo que durara la travesía.

El Padre Martínez distribuyó sus pobres haberes entre sus familiares y vecinos y dictó al jovencito que siempre lo acompañaba (hoy el Doctor Jesús María Páez), la renuncia de su cargo de capellán de la Iglesia de La Pastora. Llevó al joven el oficio al Palacio Arzobispal y al entregarlo en la Secretaría, extrañados, preguntaron si el Padre Martínez no estaba aún enfermo, y siendo la contestación afirmativa, todos se sorprendieron del proyectado viaje. Todo el clero de la capital, noticioso de la determinación del Padre de La Pastora, consideró como un deber el visitarlo, pues grande era el aprecio que todos le profesaban; el mismo Señor Arzobis-

po Monseñor Guevara y Lira fué a verle y a darle su bendición episcopal.

El Señor Ministro arregló todo de tal modo que el Padre pudiera embarcarse en el vapor español "El Pizarro", que se esperaba en esos días en La Guaira. El día señalado, de ocho y media a nueve de la mañana, llegó el coche que debía conducir al Padre, convenientemente arreglado al efecto por el señor Ministro, e iba atendido por un sirviente de su mayor confianza. Entre llantos y plegarias salió el buen Sacerdote de su casa; le acompañaban los recuerdos y bendiciones de todos.

Esperaba el Ministro en La Guaira al venerable viajero, quien, acompañado de él, fué conducido con muchas atenciones hasta el vapor. El Ministro habló personalmente con el Capitán, a quien dió sus órdenes para que el venerable sacerdote fuese debidamente atendido, y le entregó unas notas donde estaban minuciosamente consignadas todas las indicaciones para la travesía, hasta llegar al puerto de Cádiz, donde el Padre Martínez sería recibido y conducido a Madrid.

Gracias a una visible protección del Cielo, la salud del benemérito sacerdote mejoró notablemente, y pudo llegar sin tropiezo al feliz término de su largo viaje.

Carta suya informó de lo que aún queda por decir: Llegó a Madrid, precisamente la víspera del aniversario de la muerte de su madre y tuvo la dicha de ofrecer a su intención el santo sacrificio de la misa, así como también lo hizo su hermano. Llenos de santa alegría se reunieron los dos hermanos gemelos, y compañeros en el sacerdocio, vivieron un mes juntos, al cabo del cual inesperada enfermedad arrebató la vida del primero, quedando el Padre Angel depositario de los bienes de su hermano, los cuales, siguiendo su santa costumbre, distribuyó entre los pobres y menesterosos y luego, enfermo y abatido, pero con un corazón noble y generoso,

tomó puesto en uno de los hospitales de Madrid, donde, con edificante muerte, entregó su espíritu al Señor, a quien tan generosamente había servido durante toda su vida.

(Venezuela Mariana, pp. 279-290)

Nota de la Redacción: Esta hermosa narración del H. Nectario María es una exacta síntesis de un papel manuscrito que redactó el Dr. Jesús María Páez (q. e. p. d.) y posee en la actualidad su hija Margarita Páez.

Tanto el Dr. Páez como el H. Nectario María dan por indudable que el P. Angel Martínez era jesuita.

Nosotros tenemos por evidente que el P. Martínez fué un santo sacerdote, y nos sería grato confirmar que fué jesuita. Pero tenemos sobre este asunto tan múltiples indicios en contra, que casi hacen evidente la opinión de que no lo era.

1. Porque no fué ni es costumbre de los jesuitas vivir solos aún en tiempo de dispersión, y menos por tan largos años.

2. A mitad del siglo pasado estaban admitidos de nuevo los Padres en España y tenían también casas en Colombia y Centroamérica. ¿Cómo el P. Martínez no se puso en comunicación con ellos?

3. Extraña que al volver a Madrid viviera con su hermano, le heredase y muriese en un hospital, sin ponerse en comunicación con los Padres que vivían en Madrid.

4. Francisco Izquierdo Martí escribe del P. Angel Martínez en Tradiciones Marianas de Venezuela y dice: "Decíase de él que pertenecía a la célebre Compañía de Jesús, donde pasó su primera juventud".

Nuestra opinión definitiva es que el P. Angel Martínez perteneció tal vez un tiempo a la Compañía de Jesús, o fué al menos discípulo de los jesuitas, pero que no era ya jesuita, cuando vivió en Caracas.

H. N e c t a r i o M a r í a .